



A0693 (A0688-A0696)

18/05/1999 VIAJE OFICIAL A RUSIA

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL INSTITUTO ESTATAL DE RELACIONES INTERNACIONALES DE MOSCÚ

Moscú, 18-05-99

Señor Rector, señor Ministro de Asuntos Exteriores, señoras y señores, buenos días a todos.

Después de oír las amables palabras de presentación del Ministro Ivanov, la verdad es que tengo mucho interés en escucharme a mí mismo. Es un buen amigo, sin duda, Igor Ivanov, además de un excelente diplomático y de un buen Ministro de Asuntos Exteriores, y, sobre todo, es uno de los grandes conocedores de España desde hace muchos años y también un gran amigo de los españoles. Quiero darle las gracias por sus palabras.

Agradezco también al Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú la oportunidad que me ofrece para intercambiar con ustedes algunas reflexiones sobre su función en Europa y cómo veo el papel de Rusia en nuestro continente en el siglo que comienza.

Un profesor dijo que había aprendido algo de sus maestros y mucho de sus compañeros; pero que, sobre todo, había aprendido de sus alumnos. Yo no soy profesor, pero sí tengo algunos alumnos en calidad de hijos; quizás, un poco más jóvenes que ustedes. Y les quiero decir que son ellos, fundamentalmente, con sus observaciones, con sus preguntas, muchas veces los que más me enseñan. Por eso yo tenía mucha ilusión también en este encuentro: porque tengo también interés en aprender de ustedes y espero también con impaciencia las preguntas que puedan formularse al final de esta intervención.

Yo les quiero decir, si me lo permiten, lo que son mis ideas respecto de la situación actual; sobre todo, algo que he aprendido con experiencia: que no es bueno reunir las cuestiones que nos preocupan. Por eso, antes de desarrollar los tres asuntos de los que quiero hablar (España, Europa, Rusia), les expondré también, si me lo permiten, la postura de España ante un asunto que preocupa a todos los que estamos en esta sala y sobre el que podemos tener puntos de vista diferentes, e incluso opuestos. Me refiero, naturalmente, al conflicto de los Balcanes.

Pero, antes de analizar la postura de España, quiero decirles que, entre amigos, debe ser posible hablar de todo. No sería, desde luego, la primera vez que nuestras naciones coinciden en aspectos esenciales de la política internacional. En 1812 --por citar un ejemplo que ustedes conocen sobradamente--, Rusia y España eran las únicas naciones europeas que se enfrentaban con la amenaza napoleónica considerada invencible en todo el mundo. Ambas emergerían gracias al sacrificio extraordinario de sus pueblos respectivos como vencedores en el conflicto.

Actualmente, entre Rusia y España, o si lo prefieren, en mi opinión, entre Rusia y los aliados, hay más puntos de acuerdo que de desacuerdo. Eso es posible verlo ahora, en gran medida, gracias al trabajo eficaz, muy constante y decidido de la diplomacia rusa. En Kósovo está interviniendo la Alianza Atlántica, a la que pertenece España plenamente, porque no es aceptable, a finales del siglo XX, permitir en Europa, a la puerta de nuestra casa, el desarrollo de políticas de "limpieza étnica". Eso para mí es inaceptable.

La Alianza ha recurrido al uso de la fuerza para evitar un genocidio, y la decisión créanme que no fue en absoluto fácil. El recurso al uso de la fuerza es algo que todos deseamos evitar pero que, en este caso en particular, no hubo más remedio que hacerlo ante el agotamiento de las fórmulas políticas y diplomáticas. Es más, si hoy podemos estar más cerca de una solución política, ha sido gracias a que se ha podido, en gran medida, doblegar el empecinamiento de un régimen que no dudaba en reprimir continuamente a su población.

La Europa en la que queremos vivir en el siglo XXI tiene que ser una Europa en la que a todas las naciones les sea posible convivir en libertad, sin que nadie sea víctima de políticas de exclusión o de negación de derechos. Entre todos tenemos que hacer posible esa Europa de convivencia entre gentes de distinta cultura o religión.

Las políticas represoras son una amenaza para todos y las políticas represoras recuerdan los peores hechos que llevaron a Europa a las tragedias que ha vivido en este siglo. Por eso, y no por otras razones, está interviniendo la Alianza Atlántica en los Balcanes.

Hace menos de un mes se celebró, como ustedes saben también, la Cumbre de la Alianza Atlántica en Washington. La crisis de Kósovo fue uno de los asuntos más importantes que debatimos allí entre los aliados y entre los aliados y sus socios, y también con todos los países vecinos de la República Federal de Yugoslavia, que son, junto con el pueblo yugoslavo, quienes más directamente sufren las consecuencias de la política totalitaria y excluyente del régimen serbio. Pues bien, en todas las reuniones, en todas, les quiero decir, hubo un acuerdo unánime en condenar la política del actual régimen de Belgrado.

Yo sé que desde hace siglos Rusia ha manifestado un especial interés por el destino de Serbia, país con el que ha compartido elementos culturales, religiosos y sociales de importancia. Eso explica también su acercamiento al presente conflicto y el papel relevante que puede desarrollar en el mismo.

Sé muy bien que las opiniones de Rusia han sido distintas a lo largo del desarrollo de la crisis y creo que, después del esfuerzo que hemos hecho todos, mi deseo es que nuestras posiciones estén más cerca y que, en el fondo, estemos defendiendo una solución similar: el cese de la represión en Kósovo; el retorno seguro de los refugiados protegidos eficazmente por una fuerza internacional; el desarme de todas las fuerzas irregulares, incluido el Ejército de Liberación de Kósovo; el logro de una solución política para Kósovo, sobre la base de una amplia autonomía que respete la soberanía y la integridad territorial de la República Federal yugoslava.

Pero lo que toda la Comunidad Internacional está defendiendo es el modelo de convivencia política y democrática en nuestros países frente a la amenaza totalitaria. Y esta amenaza tenemos que ser todos muy conscientes de que no es, desgraciadamente, patrimonio exclusivo del señor Milósevic, sino que está latente en muchas de nuestras sociedades. Por eso tenemos que optar siempre entre la convivencia o la exclusión, entre proyectos que unen o proyectos que dividen, entre democracia y libertades individuales o la tiranía y el totalitarismo.

La opción que hagamos hoy va a determinar el futuro de la Europa en el siglo que comienza, y es ésta, la Europa en la que ustedes van a vivir y en la que queremos que

vivan nuestros hijos, la que nosotros queremos defender y sacar adelante. Yo espero que también algunos podamos acompañarles, al menos un buen trecho, en esa Europa del siglo XXI.

Hasta aquí quería hablarles de Kósovo, no sin antes agradecer todos los esfuerzos que ha hecho Rusia, y que sigue haciendo Rusia, para lograr una salida en este conflicto.

Les dije al comienzo de mi intervención que quería hablarles también de España, de lo que España es y ha sido; sobre todo, del futuro que para mi país están haciendo posible los españoles. Es una ventaja poder hacer esta reflexión delante de mi amigo Igor Ivanov. Estoy seguro de que, si se me olvida algo, él me lo recordará, y de que, si me equivoco en algún dato, él me lo corregirá.

Yo creo que España está viviendo unos momentos de gran optimismo y vitalidad. Los españoles están optimistas, esperanzados y confiados en el futuro, y créanme si les digo que ésta es una novedad en nuestra historia.

Hay otro dato que quisiera resaltarles, y es que esta situación de confianza en el futuro no es fruto de la casualidad o de la suerte, que siempre viene bien; esta situación ha sido posible porque los españoles decidieron, hace algunas décadas, construir juntos su futuro, en vez de dedicarse solamente a representar el destino que otros les señalaban. Es la diferencia. Los españoles empezamos a preguntarnos qué podemos hacer, en vez de preguntarnos qué nos va a pasar.

Yo creo que fue ese cambio de actitud mental el que hizo posible los tres grandes logros de España en los últimos veinticinco años de este siglo: el paso de una dictadura a una democracia; el establecimiento de un sistema político descentralizado, que articula nuestras diferencias en un proyecto común, y la consecución de un país abierto e integrado internacionalmente.

La historia de la transición española a la democracia ha sido narrada por muchos de sus protagonistas. Yo no fui uno de ellos por razones de edad. Empecé mi vida política como diputado en el Congreso en 1982, con veintinueve años, y la Constitución de 1978 funcionaba cuatro años antes. Trabajé en favor de esa Constitución, pero no estaba en la tarea política entonces. Viví, como todos los españoles, la esperanza de esa Constitución y viví el deseo de desmontar un régimen político no democrático, nacido de una guerra civil, y sustituirlo por un régimen de libertades y democracia.

Hubo entonces una clarividencia ejemplar por todas las fuerzas políticas, tanto aquellas que querían la reforma desde el régimen anterior, como aquellas que se manifestaban como oposición radical a aquel régimen. Por encima de esas diferencias, que, como ustedes se pueden imaginar, no eran pequeñas, todos estaban de acuerdo en la necesidad de alcanzar acuerdos básicos que hicieran posible la convivencia entre los españoles; es decir, todos sabían que era necesario estar de acuerdo en algo, sabiendo que era posible y legítimo estar en desacuerdo en todo lo demás. Ése fue el único camino para cerrar las heridas abiertas desde la Guerra Civil.

Esa generación tuvo valentía para afrontar el futuro de España desde el acuerdo, desde lo que nosotros llamamos el consenso. Y ese acuerdo básico se plasmó en la Constitución de 1978, que sigue vigente y que va a seguir vigente para seguir ordenando nuestra convivencia en el siglo XXI.

Les decía que la descentralización política y administrativa ha sido otro de los grandes logros de los españoles durante este último tercio de siglo. Hace apenas veintidós años, España era el país más centralizado de Europa: no había Comunidades Autónomas, el Gobierno central gestionaba prácticamente la totalidad de los recursos públicos; ahora tendría que decir que, de cada 100 euros, que es la nueva moneda, 90 los gastaba el Gobierno. Hoy ya no es así. Hoy las regiones tienen su Parlamento, su Gobierno y su Tribunal de Justicia, y tienen competencias en Educación, en Sanidad, en Medio

Ambiente o en Industria. Hoy, junto con los Ayuntamientos, gastan más de 40 euros de cada 100 euros que se gastan en España.

Todo eso tiene que funcionar con una lealtad básica al proyecto común, que tiene más de cinco siglos de historia y que se proyecta en el futuro con gran vitalidad. Las diferencias de cada región no son un motivo de discordia, sino una ocasión para reconocer lo que aportan, desde su diferencia, al empeño común. Ese es el sentimiento mayoritario que hay en todas las Comunidades de España.

Por último, España es un país abierto e integrado internacionalmente. La historia de España en el último siglo parte de una historia de pesimismo y de aislamiento: hace cien años, perdíamos nuestras últimas colonias --Cuba, Filipinas y Puerto Rico-- como consecuencia de una guerra que nos llevó a una reflexión interna grande y a un ensimismamiento; a comienzos de siglo, gozamos de una democracia parlamentaria, pero inestable e imperfecta, que desembocó en una dictadura; hubo un intento democrático en la Segunda República, que fracasó a los pocos años de comenzar; el afán por imponer un modelo social y político, sin respetar al adversario, terminó por considerar a ese adversario como un enemigo; la falta de reacción ante la crisis económica nos arrastró a una situación económica desesperada; al final, durante tres años, los españoles nos enfrentamos en una guerra civil devastadora.

El régimen que nació de la guerra civil aisló a España del mundo, tanto política como económicamente, y durante gran parte de las décadas de los 40 y de los 50 España era sinónimo de separación y de autarquía.

Por fortuna, a finales de los años 50 una parte de los responsables de ese régimen decidió comenzar la apertura de la economía de España al exterior. El Plan de Estabilización y las medidas liberalizadoras de comienzo de los años 60, si bien hoy nos parecerían extraordinariamente tímidas, propiciaron un gran crecimiento económico en los años 60. Este crecimiento, muy desequilibrado y con costes sociales indudables, agudizó profundos cambios sociales en nuestro país. Y es en ese escenario en el que, en los años 70, una generación de políticos españoles inicia la democratización y la integración internacional de España.

Abrir el país e integrarlo internacionalmente era una de nuestras grandes aspiraciones. Nuestro primer éxito fue la incorporación de España al Consejo de Europa.

Al mismo tiempo que realizábamos esta operación, fuimos capaces de dotarnos de unos instrumentos de política económica para hacer frente a la crisis mundial de los años 70. No hay que olvidar que la oportunidad democrática llegaba a España en medio de dos grandes crisis petrolíferas: la de 1973 y la de 1979.

Todas las fuerzas políticas españolas suscribieron unos acuerdos, que establecieron las reglas del juego económico, que fueron aceptadas por empresarios y sindicatos y que luego se reflejarían en el propio texto constitucional: fueron los Pactos de La Moncloa. Sirvieron para reducir la inflación, para mejorar el equilibrio exterior de nuestra economía y para diseñar un programa de reformas que repartía equilibradamente los costes de la crisis: se devaluó nuestra moneda y se estableció una política de moderación salarial y de gasto público, incluida la Seguridad Social; se acometió la liberalización del sector financiero; se promovió una reforma fiscal y un marco nuevo de relaciones laborales. Esto hizo posible que los aumentos salariales se pactasen, no con cargo a la inflación pasada más un incremento, sino sobre la base de la inflación prevista. Con esos datos, la economía española pudo mejorar.

El tercer gran salto de España hacia el futuro fue la incorporación de España a la Comunidad Europea en 1986. Tuvimos que hacer un gran esfuerzo para subirnos a ese tren que estaba en marcha, y se superaron las dificultades y los costes.

En todo este proceso que se inició hace veintitantos años hay una circunstancia, que yo creo que no se les habrá escapado: España se incorporaba a procesos en marcha, realizando un gran esfuerzo de adaptación, pero no participábamos desde el comienzo ni en el diseño del proyecto. Esto ha cambiado radicalmente con la pertenencia de España al Euro, a la Unión Económica y Monetaria. Es la primera vez en muchos años que llegamos a tiempo a una cita histórica, a la cita histórica más importante de Europa, de la Unión Europea, desde el Tratado de Roma.

Nosotros nos dedicábamos a correr detrás de los trenes; al final, acabábamos subiéndonos al tren, pero el tren ya estaba en marcha, era más difícil. Esta vez hemos llegado a tiempo, y participamos y compartimos con otros diez países de la Unión Europea lo que es la mayor ambición, en términos políticos y económicos, de la Unión Europea del futuro.

Eso ha sido posible gracias a una política rigurosa del control del gasto público y a un esfuerzo general de seriedad en la sociedad española. Durante demasiado tiempo corrió el tópico que los españoles éramos incapaces de hacer una política de disciplina fiscal y de rigor; nuestro crecimiento parecía condenado a ir acompañado, o de desorden, o de tasa de inflación superior a la de otros países; o que sólo podíamos crecer endeudándonos o con mucho déficit público.

Si eso era así, los expertos decían que el desempleo se dispararía de un modo astronómico. La realidad ha demostrado que esas teorías no son ciertas. Hoy la economía española está entre las diez economías más poderosas del mundo. Crecemos todos los años a un ritmo superior al 3'5 por 100. Nuestra inflación, en torno al 2 por 100, es homologable a la de cualquier país de la Unión Europea. El empleo está creciendo a ritmo espectacular y España crea el 50 por 100 de todo el empleo que se crea en la Unión Europea en este momento. Ese empleo se traduce, además, en empleo estable.

Estamos, además, plenamente integrados en la economía mundial. Somos el segundo país más abierto económicamente del mundo, por encima de Alemania, de Francia, de Italia o del Reino Unido. Somos un país exportador neto de capitales; es decir, invertimos fuera más de lo que se invierte en España, y somos, a su vez, el quinto país del mundo que más inversión recibe desde el exterior. Esto quiere decir que los españoles ahorran e invierten en España y fuera de España, y hoy saben que los españoles conocen que sus oportunidades están en todas partes y que deben ir más allá de las fronteras de nuestro propio país.

En Iberoamérica, en la América que habla español o portugués, España es el primer inversor de la Unión Europea y es el segundo del mundo, sólo superado por los Estados Unidos. En muchos de esos países, incluso, somos el primer inversor del mundo.

No quiero decir con esto que no tengamos problemas; claro que tenemos problemas, y tenemos problemas serios. Pero lo que creo es que la sociedad española está en el camino, en la dirección y en la orientación de resolver esos problemas.

El primero de esos problemas que tenemos, fundamentalmente, es el del desempleo. En los últimos tres años en España --somos cuarenta millones, con una población activa aproximadamente de dieciséis millones-- se han creado 1.200.000 empleos nuevos, en tres años; y en los próximos tres años queremos crear 1.300.000 empleos. España es el país de Europa que más empleo crea en este momento, y lo hace al doble de la media europea. Esto es posible porque se ha realizado una profunda reforma laboral que permite a la sociedad crear empleo. La liberalización de sectores de nuestra sociedad, de nuestra economía; la apertura de nuestro país al exterior; la competencia y las reformas hacen que nuestro crecimiento sea mayor y que podamos crear empleo más rápidamente.

Los españoles hemos aprendido que, si queremos que todo nuestro potencial productivo se ponga a funcionar, lo mejor es posibilitar crear un marco que cree dinamismo en la sociedad. Por eso hemos realizado una profunda reforma fiscal, en la que, por primera vez en la historia de España, las promesas electorales no han supuesto nuevas subidas de impuestos.

Tan malo es que un Estado no recaude los impuestos necesarios para llevar a cabo sus políticas, como que recaude demasiados impuestos, y en España el sector público empezaba a ahogar las posibilidades del sector privado, que es, en definitiva, el que crea empleo y el que crea riqueza. Por eso hemos bajado los impuestos de todos los españoles, especialmente de aquellos que están sujetos a un trabajo de carácter personal, a un sueldo, a un salario, y por eso hemos acompañado esa reducción de impuestos, de más liberalizaciones y de las privatizaciones de nuestras empresas públicas; es decir, hemos devuelto a la sociedad recursos fundamentales para que cree riqueza.

Yo creo que todas esas reformas tienen un objetivo muy claro, que es continuar con la modernización de nuestro país; objetivo en el cual no hay que descansar nunca. Ahora, esa modernización se hace con una premisa bien clara: nuestra sociedad tiene que ser capaz de garantizar un bienestar sólido. La educación, la sanidad y las pensiones dignas son bases de ese bienestar para todos.

Lo importante es que ese bienestar se produzca y que esté garantizado y, por supuesto, hoy en España, precisamente por esa creación de empleo, precisamente por el desarrollo económico y precisamente por el saneamiento presupuestario, educación, sanidad y pensiones están mejor atendidas y más garantizadas que nunca. Jamás se había conocido en la historia de nuestro país una cifra de cotizantes a la Seguridad Social como la que tenemos en este momento, y ahí está también uno de los secretos del éxito del futuro.

Les dije que brevemente quería hablarles también de Europa. Ya sé que al hablar de España estoy hablando de Europa; pero ahora quiero centrarme en la idea que España tiene del proyecto europeo.

Si nos detenemos a ver, con una cierta perspectiva, la historia de Europa, vemos que los logros alcanzados en los últimos cincuenta años en Europa no tienen comparación. Hay un dato fundamental, y es que los antiguos enemigos de la Segunda Guerra Mundial siguen librando batallas muy duras y agotadoras; pero las libran en torno a una mesa de negociaciones, lo cual es una ventaja muy importante.

Lo que hoy es la Unión Europea es un espacio de libertad y de prosperidad económica abierto al resto del mundo, y es también un espacio donde la solidaridad económica es fundamental para incorporar a corrientes de dinamismo económico a sectores sociales o a regiones enteras. La Unión Europea hoy es también la mayor potencia comercial del mundo y, sin embargo, como decía antes de España, son muchas las tareas que tenemos pendientes, y España es un socio activo que quiere buscar solución a esos problemas.

¿Cuáles son los problemas que tiene Europa, en este momento, en mi opinión, entre otros? Yo veo uno fundamental y que tiene que ver con las reflexiones sobre la crisis de Kósovo, con la cual comencé mi intervención: Europa tiene que basarse en sociedades abiertas y democráticas en las que los derechos de todos estén garantizados por igual y sin riesgo. A mí no se me olvida nunca que yo pertenezco a la primera generación de europeos que no han tenido que vivir una guerra entre nosotros en Europa. Eso no lo debemos olvidar nunca, desde el punto de vista histórico.

Yo ahora quiero decir que el mayor riesgo, la mayor amenaza, para que eso ocurra, para que vuelvan a ocurrir enfrentamientos, son los nacionalismos totalitarios del tipo de los del señor Milósevic, que se basan, sencillamente, en afianzar su poder en base a negar los derechos o la propia existencia a quienes "no son de los nuestros". Y ese "nosotros", que es un sujeto muy difícil a veces, siempre imposible, de definir esconde

sencillamente, en mi opinión, una clara voluntad de dominio. Pretender realizar un proyecto de Europa sobre esa base es, sencillamente, retroceder en la historia, es olvidar los logros que Europa ha sido capaz de conseguir en estos últimos cincuenta años.

Otra razón importantísima para combatir las concepciones totalitarias, excluyentes, agresivas, de la política es que Europa es un proyecto que aspira a la libertad y a la paz en todo el continente. La ampliación de la Unión Europea y su apertura a los países del Centro y del Este de Europa, incluido Rusia, es un imperativo moral y un deber político, y es también una gran oportunidad para nuestro continente en el siglo XXI.

De la historia no se reniega; la historia se asume como lo que es, con sus luces y con sus sombras. Pero el futuro de la Unión Europea, que estamos decidiendo ahora en una mesa entre quince países, entre quince naciones o sentados en quince sillas, podrá también decidirse cuando las sillas sean veinte o veinticinco, y se amplíe la Unión Europea; pero no será posible si hay doscientas o trescientas sillas.

Los Estados son la base para que Europa pueda ampliarse; pero, sobre todo, son la garantía de los derechos y libertades de los ciudadanos. Una Europa de las nacionalidades es irrealizable. Correría el riesgo de ser una Europa basada, además, en la negación del individuo.

Otro gran reto que tiene por delante Europa es poner al día su modelo económico. Es indudable que las recetas que fueron buenas hace cuarenta años no son las mejores para afrontar el mundo de la globalidad, de las nuevas tecnologías de la información y del cambio constante en las relaciones empresariales.

Tenemos que hacer también un esfuerzo grande de imaginación para reformar nuestras instituciones, y es necesario reformarlas pensando en su ampliación. Es necesario también saber que tenemos que hacer un esfuerzo adicional en investigación para vivir en la sociedad de la información que nos toca para el siglo XXI.

Creo que la Educación es uno de los pilares de ello. además de su universalidad, tenemos que garantizar en el sistema educativo su calidad. Educar es la mejor de las oportunidades y educar mejor es dar más oportunidades. Educar mejor es dar oportunidades para el trabajo, para la profesión, para la vida laboral; y educar mejor es también educar y formar ciudadanos para sociedades críticas, libres, abiertas y tolerantes.

Sabemos que encontrar una solución política para los Balcanes es también un desafío para todos los países de Europa, y la Unión Europea y Rusia tenemos una especial responsabilidad en este empeño. Si queremos lograr una paz duradera y estable en la que todos puedan vivir en esa península balcánica en libertad y puedan ver reconocidos sus derechos, es necesario el esfuerzo de todos. Una Conferencia Internacional, con la participación de Rusia, de los Estados Unidos, de la Unión Europea, de Japón y de los países de la zona, incluida la República Federal de Yugoslavia, debe ser el instrumento diplomático que tendremos para encontrar solución a un problema que, sin duda, deseamos todos resolver.

Los principios de arreglo para los Balcanes no pueden ser otros que los del respeto a las reglas de la democracia, a los derechos y a las libertades de los ciudadanos, y a la integridad y a la soberanía de todos los Estados de la región. Sólo así la convivencia entre gentes de origen diverso será posible; sólo así será posible generar riqueza para todas esas sociedades. Por eso creo también que la democratización de Serbia es un requisito imprescindible para un arreglo definitivo en los Balcanes.

Tendremos que hacer, y bien lo sabemos, un esfuerzo financiero suplementario; pero, sin duda, todos deseamos unos Balcanes prósperos y democráticos.

La Unión Europea deberá fomentar, sin duda, la convivencia entre personas de distintos orígenes pero con iguales derechos. Lo que creo que no tenemos que fomentar son los

Estados étnicamente puros, que son el sueño de algunos dictadores y la pesadilla de miles de millones de personas. Ésa no es la Europa que puede ser ni que queremos para el siglo XXI.

Les decía antes que Rusia está desempeñando un papel protagonista en la resolución de esta crisis. Es lógico, dado el importante papel que desempeñó en el pasado al defender a las minorías eslavas de la zona frente a la acción de los grandes imperios. Actualmente, lo es, sobre todo, por su grandeza y por sus valores; porque Europa necesita de una Rusia fuerte, próspera y democrática para ser, de verdad, un continente libre y en paz.

Quisiera decirles algunas cosas, si me lo permiten, sobre la situación de Rusia y sobre el futuro de Europa, que se tiene que construir con la participación de su país.

Rusia está, en mi opinión, realizando una tarea extraordinaria. Sin embargo, los grandes empeños también hay que decir que han sido corrientes en la historia de Rusia; una historia que no ha sido fácil a lo largo de este siglo. Apenas iniciado el siglo tuvo que enfrentarse a una guerra con Japón, seguida de una revolución interior; después se produjo su participación en la Primera Guerra Mundial, una revolución aún más profunda y una guerra civil de extraordinaria virulencia. A estos hechos siguieron costosas transformaciones internas y la gran Guerra Patria, cuya conclusión victoriosa celebraron ustedes hace unos días.

En conjunto, todos esos hechos han costado a Rusia decenas de millones de muertos, y no puede por ello negarse que Rusia ha entregado su sangre de una manera generosa y muy continua en este siglo que acaba de terminar. Pero los retos futuros, pese a su diferente naturaleza, no son de importancia menor.

En la actualidad, Rusia asienta un sistema político democrático y una economía libre de mercado, después de vivir durante décadas bajo un sistema socio-político totalmente contrario. Están atravesando, y es lógico, enormes dificultades, y estoy convencido de que ese empeño en el que están ustedes va a tener éxito. Y nosotros, que en su visión somos un país mediano y situado al otro extremo del continente, apostamos por Rusia.

Por eso quisiera que mi presencia en Moscú sirva para relanzar las relaciones, que son buenas pero que deben desarrollarse entre España y Rusia, en todos los terrenos y buscar un gran y fecundo beneficio para ambos países.

En el aspecto político, las últimas semanas nos dan un ejemplo de cómo la presencia activa de Rusia en todos los foros es imprescindible para hablar del futuro de Europa. Nosotros queremos mantener más y más profundos contactos con Rusia. Nuestros parlamentarios, nuestros responsables políticos, nuestros funcionarios, pueden y deben tratarse más.

Es posible que ustedes a España la vean como un país pequeño y, comparativamente con el país más grande del mundo, que son ustedes, probablemente somos un país pequeño; pero podemos aportar una experiencia valiosa para ustedes: nos une el Mediterráneo, mar del que nosotros somos ribereños y en el cual Rusia tiene muchos intereses; cada uno de nuestros países se proyecta hacia Asia y hacia América, en zonas protagonistas del mundo. Nuestra colaboración debe ser beneficiosa para todos.

Rusos y españoles tenemos la suerte y la responsabilidad de ser herederos de dos grandes culturas, que han conformado el ser de Europa a lo largo de los siglos. Si me lo permiten, diré, incluso, que se ha tratado de dos culturas que, pese a sus enormes diferencias, han vivido un duradero enamoramiento a lo largo de dos siglos.

A Pushkin --celebraremos su 200 aniversario--, que es el fundador de la literatura rusa contemporánea, debemos los españoles que la figura del Don Juan se extendiera por el Este y el Centro de Europa; a Turgueniev, Dostoievsky y Bulgakov que El Quijote sea más universal, si cabe. Sólo son ejemplos de una fecundísima relación pero,

precisamente por eso, creo que en el terreno de la cultura se puede y se debe seguir adelante con una enorme decisión para llevar a cabo, conjuntamente, un mejor conocimiento entre nuestros pueblos, para que se puedan ver vuestras obras literarias, pictóricas o musicales desde una mayor cercanía. Me gustaría poder abrir, con la colaboración de todos, dentro de poco, un Instituto Cervantes en Moscú.

Pese a las dificultades económicas, estoy también convencido de que Rusia saldrá adelante con las reformas; lo estoy por dos razones: la primera, porque creo que es el único camino, el de las reformas, para asentarnos en una sociedad dinámica y productiva. No hay otra solución. Yo creo que volver la vista atrás sería suicida. La economía libre de mercado es el único marco que puede permitir poner enormes riquezas de este país al servicio de todos.

La segunda es porque, además de las reformas, el pueblo ruso cuenta con potencialidades más que suficientes para emerger sobradamente y para salir airoso de este colosal desafío.

Me han acompañado en este viaje muchos empresarios españoles. Algunos de ellos han invertido aquí, van a seguir aquí; otros vendrán de nuevo para invertir. Si ustedes tienen la decisión de seguir perseverando y de acometer las reformas pendientes, la crisis pasará. Todos los países de la Unión Europea tenemos especial empeño en ayudar a Rusia a culminar esas reformas políticas y económicas. La primera semana de junio, en el Consejo Europeo de Colonia, aprobaremos la estrategia común de la Unión Europea para Rusia, que no es más que la formalización de una apuesta por el futuro de Rusia desde la Unión Europea.

Una Europa libre, abierta y próspera sólo se puede afianzar en el siglo XXI si Rusia toma parte activa en su diseño y en su funcionamiento. Para que eso sea así es preciso que los jóvenes, especialmente los jóvenes rusos, sigan luchando por su libertad, sigan luchando por fortalecer su democracia y sigan apostando por las reformas como el mejor método y camino para llegar al éxito económico.

Tienen ustedes la responsabilidad grande del futuro de su país. Su futuro va a ser brillante y les deseo, sinceramente, que lo conquisten, pensando sobre todo en las generaciones jóvenes de rusos, pensando en ustedes y pensando en lo que toda Europa y el mundo espera de esa Rusia del futuro.